

John Liang

“No tocar”, salvo –

(1957)

De John Liang [Frank Glass], “‘Hands Off’ Except for –”, reseña publicada en **International Socialist Review**, Vol. 18 No. 2, Spring 1957, pp. 68-70.

Traducido al castellano por Andrés Rucci.

A History of the Monroe Doctrine

by Dexter Perkins

Little, Brown and Co., Boston 1955, 462 pp. \$5.

La diplomacia es más que un juego de embajadores. Representa la interacción de intereses materiales como se refleja en la rivalidad de los estados nacionales. Detrás de los caballeros en pantalones a rayas acechan la codicia y las ambiciones de las clases propietarias. Por lo tanto, la historia de la Doctrina Monroe, una declaración importante de la política exterior estadounidense y una bisagra de la diplomacia estadounidense durante aproximadamente un siglo, puede ser un estudio político sumamente valioso.

El libro del profesor Perkins se publicó por primera vez en 1941 bajo el título **Hands Off: A History of the Monroe Doctrine**.¹ Su revisión, catorce años más tarde, parece haber sido ocasionada tanto por el deseo del autor de mostrar su anticomunismo como por la necesidad de actualizar la narración, ya que habla oscuramente en su frente de "la aparición de una nueva filosofía, tal vez una filosofía conquistadora, ajena al pensamiento y los intereses del Nuevo Mundo, "como el preludio de una posición antisoviética más explícita en los capítulos finales obviamente renovados del libro.

La declaración que llegó a conocerse como la Doctrina Monroe fue contenida en un mensaje al Congreso del presidente James Monroe el 2 de diciembre de 1823, menos de cincuenta años después de que las colonias americanas afirmaran su independencia de Gran Bretaña. Su corazón era la afirmación "de que el continente americano, por la condición libre e independiente que han asumido y mantienen, no debe ser considerado desde entonces como sujeto de colonización futura por parte de ninguna potencia europea". Aquí hubo un claro e inequívoco "Manos fuera" "Edicto. Sin embargo, visto en retrospectiva histórica, como muestra el profesor Perkins, la interdicción no hacía referencia a ninguna amenaza real para el Nuevo Mundo por parte del Viejo, incluso si el

¹ El título se puede traducir como “No tocar: Una historia de la Doctrina Monroe”. Aquel libro fue posteriormente publicado en castellano por Editorial Universitaria de Buenos Aires: Dexter Perkins, *Historia de la Doctrina Monroe* (1964).

presidente Monroe creía que tal amenaza existía, como parecía ser el caso. Para estar seguro, estaban las maquinaciones de la Santa Alianza. A pesar de esto, ninguna de las potencias europeas parecía tener la capacidad, o la inclinación, para reconquistar antiguas colonias o estacar nuevas en el mundo occidental.

Portugal, habiendo perdido su lugar en las Américas cuando Brasil afirmó su independencia, no mostró disposición para intentar la recuperación de ese país. España ejerció una tenencia precaria en Cuba y retuvo a Puerto Rico. México se había liberado de la dominación española. Las dudosas glorias de los días del Principado español habían terminado y el gobierno de Madrid parecía estar consciente de ello. Francia y Holanda, junto con Gran Bretaña, se aferraron a sus colonias latinoamericanas y caribeñas, pero no parecían empeñados en agregarlas. Los estados germánicos aún no se habían fusionado en el Imperio, ni Italia había ganado su independencia, por lo que estos países ciertamente no representaban una amenaza para el Nuevo Mundo. La Rusia zarista, no una potencia marítima, estaba ocupada con proyectos expansionistas en la periferia del imperio moscovita.

De todos los países mencionados, solo Gran Bretaña poseía la capacidad de seguir el curso del imperio en las Américas desafiando la Doctrina Monroe. Gran Bretaña, sin embargo, después de la Guerra de la Independencia, desarrolló lazos comerciales estrechos y rentables con sus antiguas colonias americanas y las grandes inversiones de capital empezaron a generar ganancias lucrativas. Dadas las circunstancias, Gran Bretaña estaba contenta, más o menos, con el status quo. Ciertamente no hubo un impulso apremiante de alterarlo por ningún desafío a la doctrina de no intervención de Monroe. Todavía otro factor debe ser considerado. A medida que el siglo XIX avanzó, las potencias europeas se encontraron ocupadas en gran medida con la división de la África virgen y la toma de colonias en el Lejano Oriente. Esto dejó al Nuevo Mundo relativamente libre de presiones del Viejo.

Sin embargo, la enunciación de la Doctrina Monroe no pasó desapercibida. Por el contrario, las pretensiones yanquis que encarnaba provocaban resentimiento y burla. Lord Clarendon, el Secretario de Relaciones Exteriores británico, declaró con frialdad que el pronunciamiento de Monroe "solo podía ser visto como la máxima del distinguido personaje que lo anunció, y no como un axioma internacional que debería regular la conducta de los estados europeos". Este tema fue pronto coronada por las cancillerías del continente. Una doctrina unilateral como la de Monroe, sostuvieron, no encontró ninguna sanción en el derecho internacional y no podría ser aplicada.

La disidencia es una cosa, sin embargo. La acción es otra cosa. Los únicos desafíos sustanciales a la Doctrina Monroe llegaron cuarenta años después de su promulgación. Estas fueron la breve y costosa reocupación española de Santo Domingo y el episodio trágico-cómico aunque más importante del emperador Maximiliano en México. Francia bajo Luis Napoleón intentó establecer una monarquía de tipo europeo sobre el antiguo trono de los aztecas y el desventurado príncipe de los Habsburgo Maximilian se convirtió en el instrumento elegido de esta aventura ridícula.

Los mexicanos no habían luchado por su libertad de la España imperial para entregarla a la Francia monárquica. El resurgimiento popular pronto demostró la desesperanza de la empresa. Los miles de bayonetas francesas que apoyaban al monarca títere fueron retirados y Maximiliano abandonado a su suerte ante un pelotón de fusilamiento. Tanto la incursión española en Santo Domingo como la aventura francesa en México fueron observadas con ansiedad en Washington, pero no hubo movimientos hacia la conRAINTervención, probablemente porque los Estados Unidos en ese momento estaban sumidos en la Guerra Civil.

Si, como muestra el registro, no había una amenaza europea para el Nuevo Mundo, no existía un peligro claro y presente, en el momento en que se formuló la Doctrina Monroe, ¿cómo se puede evaluar la importancia de la Doctrina? Una apreciación razonable solo puede hacerse a la luz de la historia posterior. En este contexto más amplio, la Doctrina parece anticipar, por así decirlo, el camino que Estados Unidos estaba destinado a viajar. El presidente Monroe parecía estar prestando la debida atención, por así decirlo, a que este país estaba en marcha hacia el objetivo de la hegemonía en Occidente y no toleraría ninguna interferencia para alcanzarlo.

Esta no es la opinión del Profesor Perkins. Parece preferir una interpretación mucho más restringida del motivo histórico de la Doctrina, considerándola poco más que una advertencia contra los peligros en gran parte ilusorios y

condicionada al derecho de legítima defensa. Esto no es sorprendente en vista del hecho de que el autor rechaza cualquier visión consistente de los Estados Unidos como una potencia imperialista

La sentencia de Monroe fue reiterada por el presidente Polk en su mensaje anual del 2 de diciembre de 1845, veintidós años después de su enunciado original, y por el presidente Theodore Roosevelt en su mensaje anual de 1901. Sin embargo, para Roosevelt, la distinción de autor merece ser destacada desarrollo o ampliación del dogma, como se conoció la Doctrina Monroe. Era el año 1905. El caos reinaba en los asuntos de los países de América Latina y el Caribe, especialmente en materia fiscal. Aquí había una situación que parecía invitar a la intervención activa de los estados acreedores europeos. Por lo tanto, declaró el Rough-Rider Roosevelt:

"Por un lado, este país ciertamente declinaría ir a la guerra para evitar que un gobierno extranjero cobre una deuda justa; por otro lado, es muy desaconsejable permitir que una potencia extranjera tome posesión, incluso temporalmente, de las casas personalizadas de una república estadounidense para hacer cumplir el pago de sus obligaciones; porque tal ocupación temporal podría convertirse en ocupación permanente. El único escape de estas alternativas puede ser, en cualquier momento, que debemos comprometernos a lograr algún arreglo por el cual se pagará la mayor cantidad posible de una obligación justa. Es mucho mejor que este país se someta a tal acuerdo, en lugar de permitir que ningún país extranjero lo emprenda. Hacerlo asegura que la república morosa tenga que pagar la deuda de un personaje indebido bajo coacción, mientras que también asegura que los acreedores honestos de la república sean pasados por interés de los acreedores deshonestos o comprensivos. Además, que Estados Unidos ocupe ese puesto ofrece la única forma posible de asegurarnos contra un enfrentamiento con algún poder extranjero".

Este notable pronunciamiento llegó a conocerse como el "corolario Roosevelt" de la Doctrina Monroe. Marcó una nueva etapa en la historia de Estados Unidos. Como dice el profesor Perkins,

"Uno de los objetos de estudio más extraordinarios e interesantes debe ser la evolución de un teorema destinado a la protección de los Estados latinoamericanos por los Estados Unidos en uno que justifique e incluso santifique la interferencia y el control estadounidense de los asuntos de las repúblicas independientes de este continente".

El corolario de Roosevelt estableció el escenario diplomático para la verdadera orgía de acciones intervencionistas que siguieron. Durante las siguientes tres décadas, los países latinoamericanos y las repúblicas insulares del Caribe sintieron el tacón de hierro del "coloso del norte" yanqui. Ya en el momento de la guerra con España, las fuerzas armadas de los Estados Unidos habían intervenido en Cuba y arrebató Puerto Rico. Ahora llegó el turno de países como Haití, Santo Domingo, Nicaragua y México. Detrás de los marines y los soldados estaban los banqueros de Wall Street, los grandes intereses petroleros, y, para no olvidar, la United Fruit Company. El monroeísmo con su corolario de Roosevelt se había convertido en un sinónimo de la diplomacia del dólar y la dominación yanqui. El carácter prolongado de este capítulo en la historia del imperialismo estadounidense está indicado por el hecho de que no fue sino hasta 1934, durante la primera administración de Franklin D. Roosevelt, que las tropas estadounidenses fueron sacadas de Haití para poner fin a una ocupación que tenía duró diecinueve años.

El creciente odio de los países de América Latina y el Caribe hacia el imperialismo yanqui finalmente hizo que los encargados de formular políticas en Washington se dieran cuenta de que el método de dominación absoluta por la fuerza bruta había alcanzado los límites de su utilidad. Durante la administración Hoover, la Doctrina Monroe fue dejada de lado. El Panamericanismo y la política del "Buen Vecino" tomaron su lugar. La subversión y la intriga,

llevadas adelante en alianza con grupos nativos reaccionarios dispuestos a servir a los intereses de Wall Street, se convirtieron en la orden del día.

El ejemplo más gráfico de la nueva técnica fue el caso de Guatemala de 1954. La gente de este pequeño país centroamericano había puesto en el cargo al gobierno de Jacobo Árbenz, que procedió a poner manos a la obra de la United Fruit Company para llevar a cabo un programa de reforma agraria. Esto no fue para nada del agrado de la poderosa corporación estadounidense y sus representantes del Departamento de Estado. Se le dio respaldo al dinero y las armas al títere Armas. Con esta ayuda pudo reunir un ejército indescriptible y derrocar al régimen de Árbenz. Por lo tanto, los imperialistas yanquis, sin enviar un soldado o disparar un tiro, fueron capaces de apuntalar los intereses amenazados de los grandes negocios estadounidenses en esta república centroamericana.

En el caso de Guatemala, sorprendentemente, la Doctrina Monroe fue sacada y desempolvada por el Secretario de Estado Dulles. Declaró que las actividades del régimen de Árbenz eran "un desafío directo a la Doctrina Monroe". Su razonamiento, aparentemente, era que, dado que el régimen de Árbenz estaba (supuestamente) bajo la influencia comunista, y los comunistas bajo la dirección del Kremlin, la mera existencia del régimen de Árbenz constituyó la intervención de una potencia europea en los asuntos de este hemisferio.

La opinión del profesor Perkins es que la alusión de Dulles a la Doctrina Monroe fue "desafortunada". ¿No se suponía que el monroísmo, con sus corolarios de diplomacia del dólar e intervención militar, había sido reemplazado por la política del Buen Vecino? Sin embargo, aquí estaba, viniendo una vez más a primer plano. En verdad, sin embargo, el lamento del profesor sobre lo que él considera como un "desliz" por Dulles es bastante inútil. La larga y dolorosa experiencia ha permitido a los pueblos latinoamericanos reconocer el imperialismo yanqui, ya sea en la forma no disimulada del monroísmo o cuando se visten con la máscara del Buen Vecino.

Quizás valga la pena señalar que la Doctrina Monroe no fue la única advertencia de "Manos Fuera" que significó la marcha de los Estados Unidos hacia su destino imperialista. También existía la doctrina de la "Puerta Abierta" enunciada por el Secretario de Estado John Hay a fines de siglo. El profesor Perkins lo menciona de pasada y sin elaboración. La nueva doctrina, en realidad la contraparte asiática de la antigua, se plasmó en notas que Hay dirigió a los gobiernos de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Rusia y Japón en septiembre de 1899, menos de ocho meses después de la transferencia de Filipinas a los Estados Unidos por una España derrotada. La toma de Filipinas, que siguió poco después de la anexión de Hawái, significó la entrada del imperialismo estadounidense en una nueva esfera de actividad en el Lejano Oriente.

Sin embargo, en un aspecto importante, la situación no parecía prometedora. El antiguo Imperio Chino, que sufría las últimas etapas de la decadencia, se tambaleó hasta su fin en la revolución de 1911. En el caos asociado al inminente colapso de una monarquía corrupta e impotente, comenzó a parecer que las potencias europeas y Japón podrían aprovecharla. La oportunidad de dividir a China en esferas de interés de las cuales la competencia estadounidense estaría virtualmente excluida. Así, el mismo día de la entrada de Estados Unidos en el Lejano Oriente, parecía surgir la posibilidad de que los nuevos imperialistas quedaran excluidos de las exuberantes perspectivas de la vasta China. Mediante las notas de la Puerta Abierta, exigiendo respeto por la integridad territorial y administrativa de China, el imperialismo yanqui interpuso un veto inequívoco de cualquier movimiento hacia el engullimiento de ese país por parte de las potencias europeas o Japón.

La doctrina de la Puerta Abierta sirvió al desarrollo de los intereses estadounidenses en el Lejano Oriente, así como la Doctrina Monroe y el corolario de Roosevelt les habían servido en Occidente, pero con una diferencia interesante. Donde Monroe intentó excluir a las potencias europeas del hemisferio occidental, John Hay, en la doctrina de la Puerta Abierta, notificó sobre estos mismos poderes, y sobre Japón, que los Estados Unidos no tolerarían ningún movimiento que pudiera tender a excluirlo de la participación en la explotación de China. También es interesante la celeridad con la que los destinatarios de las notas de Hay coincidieron en la doctrina de la Puerta Abierta. En seis meses, el Secretario Hay pudo anunciar que se habían recibido respuestas satisfactorias de las seis potencias. Donde la Doctrina Monroe había sido recibida con desacuerdo, la doctrina Hay ganó rápido cumplimiento. La explicación de esto es simple. En los setenta y siete años transcurridos, Estados Unidos había crecido hasta alcanzar la estatura de una potencia mundial cuya voz podía ser ignorada solo a riesgo de graves consecuencias.

En resumen, se debe decir que el libro del profesor Perkins es valioso solo como un registro de los hechos relacionados con la historia de la Doctrina Monroe. Cuando el autor ensaya interpretaciones, con frecuencia cae en el error e incluso escribe absurdos patentes. Esto puede atribuirse al hecho de que él no pertenece a la escuela del materialismo histórico. Efectivamente, hace un reconocimiento superficial y ocasional de la potencia de los factores materiales como determinantes históricos, pero esto prueba solo su eclecticismo. En lugar de la lógica política, el lector con demasiada frecuencia se encuentra con la cháchara idealista, por ejemplo, la afirmación sin sentido de que "el espíritu panamericano es el espíritu de igualdad y comprensión amistosa".

El profesor habla más de una vez de la conveniencia del desapego en el historiador. Sin embargo, su propio sesgo de clase salta de casi todos los capítulos de su libro. Escribe con condescendencia con los marxistas y parece identificar sus puntos de vista con los de la estrecha escuela del determinismo económico. Él cree que si bien los Estados Unidos cayeron ocasionalmente en algunos de los pecados del imperialismo, no es una potencia imperialista. La ocupación estadounidense de los países atrasados, él también cree, no fue sin sus bendiciones, ya que las fuerzas militares estadounidenses en países como Haití y Cuba sí llevaron a cabo medidas de salud pública y saneamiento. Construyeron carreteras, puentes, escuelas y hospitales. El profesor Perkins parece no darse cuenta de que estos beneficios incidentales del imperialismo y el "*freebooting*" mejoraron muy poco las vidas de las masas. Además, fueron completamente anulados por el fortalecimiento de las formas económicas y sociales atrasadas (particularmente el sistema de plantaciones) de las cuales las clases dominantes reaccionarias nativas fueron, y son, las beneficiarias y las que condenan a la gente a una pobreza abismal sin fin.

Aquello parece estar más allá de la comprensión del autor. Pero, uno no debería esperar mucho de un profesor burgués.